

Que no hay acá tu igual en todo el suelo,
Do muestres el asunto,
Tan lleno de aspereza,
Como Anajerte hizo al sin consuelo
Amante, que de vuelo
El cuello puso al lazo,
Por salir de tormento,
Y quisó que llegase tan mal plazo:
Muéstrate piadosa,
Pues eres en verdad divina diosa.

Oyendo el bravo Sarracino la enamorada canción, y no pudiendo sufrir más que el puesto donde había de hablar á su querida dama estuviere ocupado, se llegó á reconocer quién era el que cantaba. El cual, como sintió gente, dejó de proseguir su música, y se aprestó de sus armas. Era el músico el fuerte Abenámbar, el cual estaba amartelado de la bella Galiana, y por ablandar y mover á quien tan exenta vivía de amor, la cantaba aquella endecha triste. Llegóse Sarracino á él, y le dijo: «qué gente?» Respondió: «un hombre.» Replicó: «mucha nota veo en lo que habeis hecho, por dormir la reina y sus damas en ese cuarto, y podrá el rey sospechar algo, que por ventura no hay.—No se os dé nada á vos, dijo Abenámbar, ni os entremetáis en lo que no os va nada, sino pasad adelante antes que os envíe contra vuestra voluntad. — ¡Oh villano! yo veré si vuestras obras son como las palabras, dijo Sarracino, abrazando su rodela.» Con el alfanje en la mano embistió á Abenámbar, que no menos aperebido estaba que él venía, y se comenzaron á dar muy grandes golpes. Era tanto el ruido que hacían peleando, que algunos caballeros, mancebos moros, que buscaban sus pretensiones, acudieron á poner en paz, y no fué menester, porque como los valientes guerreros sintieron venir gente, se apartaron, por no ser conocidos. Abenámbar quedó herido en un muslo de una herida pequeña. Los caballeros procuraron conocer los que peleaban, y nunca fué posible, porque huyeron cada uno por su parte. La hermosa Galiana vió todo cuanto pasó, porque ya estaba puesta en un balcon, cuando Abenámbar comenzó á tañer y cantar; y como vió trabada la pendencia, se retiró á su aposento, temerosa no sucediese alguna desgracia á su querido Sarracino. No fué tan secreto este negocio, que no lo supiese el rey, y mandó que se hiciese informacion, para que fuese castigado el causador del escándalo. Procuróse hacer, y en ninguna manera se halló quiénes fueron los de la pendencia.

Pasado todo esto, se dió orden para llevar á Galiana á Almería, y mandó el rey que se aprestasen cincuenta caballeros, para que fuesen en su compañía; y estando todo á punto entró en palacio Mahomad Mostafá, alcaide de Almería y padre de la hermosa Galiana. Traía consigo una hija menor que Galiana, y tan hermosa como ella, la cual se llamaba Celima: el rey se levantó y abrazó al alcaide, diciendo: «¡qué buena venida es esta, amigo Mostafá, que con ella me has dado gran contento! Tu hija Galiana estaba ya aprestada para irte á ver con el acompañamiento que tú y ella mereceis.» Mostafá le respondió: «bien tengo entendido, que de tu larga y magnífica mano he de recibir mercedes, como siempre me las has hecho: mil años vivas para que en tranquilidad y sosiego nos gobiernes.—Yo os agradezco aquesa voluntad,» dijo el rey, y fué á abrazar á la bella Celima, y ella humillada le besó las manos. La reina y sus damas se levantaron á recibir á Celima, y ella le besó las manos á la reina, y abrazó á su hermana, y las damas se maravillaron de la hermosura de Celima, y ella de la de las damas y su bizarría. El alcaide Mostafá fué recibido con mucho amor de todos los cortesanos, y el rey le mandó sentar en un rico cojin cerca de sí, y le dijo: «holgádome he de tu venida y de la de tu hija, y querría saber qué te ha movido á traerla á Granada.» El alcaide le dijo: «poderoso rey y señor mio, después de venir á besar tus reales manos, traigo á mi hija para que sirva á mi señora la reina, en compañía de las damas y de su hermana Galiana, porque no se halla en Almería, especialmente por

el temor que tiene á los rebatos que nos dan siempre los cristianos; y me pareció que estaba mejor en Granada que en Almería.—Bien has hecho, dijo el rey, porque aquí estará en compañía de su hermana y gozará de las fiestas que cada día se hacen, aunque las pasadas fueron escandalosas.»

A esta sazón entró un moro viejo, y dijo cómo un caballero cristiano paseaba la Vega bien alistado de armas, en un poderoso caballo, que ponía espanto su brio y fortaleza, y no podía conocer quién fuese de cierto, por traer puesta la celada. El rey dijo que le procurasen conocer; y á este tiempo estaba en el Alhambra él, y la reina en la torre de Comares. Deseoso el rey de ver al caballero cristiano, subió á la torre de la Campana, y con él la reina, caballeros y damas. Es la mas alta torre del Alhambra, la cual señorea toda la Vega; y mirando á ella, vieron un caballero armado de muy lucidas y fuertes armas, en el escudo y penacho una cruz roja, sobre un hermoso caballo, que se paseaba como si estuviera en su misma patria. En viendo la cruz roja, dijo el rey: «no es posible sino que aquel caballero es el maestre de Calatrava; así por la insignia como por la osadía que ha tenido de llegar hasta la ciudad;» y cuando el maestre vió al rey y á las damas, alzó la celada é hizo la reverencia debida; y por todos conocido, le fué hecha cortesía, y en particular por la reina y sus damas. Hecho esto, puso el maestre un pendoncillo rojo en la punta de la lanza, que era señal de batalla.

Mostafá, alcaide de Almería, pidió licencia al rey para salir á escaramucear con don Manuel Ponce de Leon, maestre de Santiago, atento que en una escaramuza le había muerto á un tio suyo, y queria vengar su muerte. «No te metas en eso, le dijo el rey, que caballeros hay en mi corte que saldrán.» Todos los caballeros le pidieron licencia para irse á ver con el maestre, y un paje les dijo, que no se cansasen, que ya había salido de palacio un caballero á escaramucear. El rey preguntó, quién le dió licencia. Respondió el paje: «mi señora la reina se la dió, porque él se la pidió. — ¿Y quién es el caballero que salió?—Malique Alabéz, dijo el paje.—Pues si es así, yo me huelgo, porque es buen caballero y hará como quien es: siendo ambos tan valientes, será de ver la escaramuza.» A muchos caballeros les pesó, porque iba Malique Alabéz á la batalla, y quien mas lo sintió fué la hermosa y querida Cobayda, porque le amaba muy tiernamente, y no quisiera que se pusiera en tanto peligro; y pidiendo licencia á la reina, se quitó de los miradores, por no ver la batalla, y estuvo con mucha pena hasta saber el suceso de la escaramuza. El rey mandó que saliesen cien caballeros armados, que fuesen en guarda de Malique Alabéz, por si estuviere puesta alguna emboscada de cristianos. Así como el rey lo mandó, se fueron á armar, y vinieron á la puerta de Elvira á aguardar que el valeroso Alabéz viniese para ir en su guarda.

CAPITULO VIII.

De la batalla cruel que Malique Alabéz tuvo con don Manuel Ponce de Leon, en la Vega, y de lo que en ella sucedió.

Así como el caballero cristiano puso el pendoncillo en la punta de la lanza, se quitó de los miradores Malique Alabéz, de donde estaba la reina: hincando la rodilla en tierra, la suplicó le diese licencia para salir á escaramucear con aquel caballero cristiano, porque, si se la daba, queria en nombre de todas las damas hacer aquella escaramuza. La reina se holgó de ver el valeroso ánimo del valiente Malique Alabéz, y con rostro alegre le dijo: «pues es vuestro gusto, caballero gallardo, servirnos hoy, os lo agradecemos mucho: Alá os dé el suceso que deseamos; yo os doy la licencia que pedís; id en dichosa hora.—Y yo confío en Alá, dijo Alabéz, que con estas mercedes alcanzaré la victoria.» Despidióse con esto de la reina, y al partirse miró á su señora Cobayda, y la vió muy triste;

y llegando á su casa, mandó ensillar el potro rucio que su primo, alcaide de los Fez, le había enviado, y que le diesen una fina adarga de Fez, y una toca jacerina. Púsose encima de las armas una aljuba de terciopelo morado, toda guarnecida de tejido oro, y encima del casco un bonete morado, y en él un penacho de plumas pajizas y blancos martinetes, y con él unas garzotas pardas, verdes y azules. Apretó bonete y casco en la cabeza con una toca azul de seda entretrejida con oro, dando vuelta á la cabeza haciendo della un turbante, de la cual asentó una rica medalla de oro de Arabia, labrada de monteria, con dos ramos de laurel que parecian naturales; las hojas eran de una finísima esmeralda, y en medio de la medalla esculpida la efigie de la dama muy al natural. El bizarro y valiente moro tomó una lanza con dos afilados hierros, y bien armado de todo lo necesario, sobre un lozano caballo salió de su casa, y fué para la calle de Elvira, en la cual había muchas damas, las cuales se holgaban de ver la bizarría y gallardía de Alabéz.

En llegando á la puerta de Elvira, halló cien caballeros que iban para su seguridad, todos muy bien armados; y en saliendo al campo arremetieron sus yeguas los moros, escaramuceando unos con otros, que era muy de ver. Pasaron todos juntos por delante de los miradores de estaba el rey, la reina y las damas, y Alabéz hizo arrodillar el caballo, y el bizarro moro inclinó cuanto pudo la cabeza, haciendo grande acatamiento. Fuéle correspondido por todos, y acercándose á don Manuel, dijo: «por cierto, cristiano caballero, que da tanto contento vuestro buen tallo, que se echa de ver bien ser vuestro valor mucho, y tengo gran gozo en que mi ventura me haya traído á verme con vos; y si la fortuna me fuese tan favorable que alcanzase de vos la deseada victoria, me tendré por el caballero mas dichoso del mundo; y si el hado triste y mi mala suerte me tiene determinado que quede cautivo ó muerto á vuestras manos, lo tendré á feliz dicha; y si es voluntad vuestra decirme el nombre que teneis, lo tendré en merced, porque sepa de quién alcanzo gloria ó muerte.» El valiente maestre escuchó las comedidas razones del valeroso moro, y por satisfacerle le dijo: «noble moro, cualquiera que vos seais, vuestro cortésano y discreto término merece mucho, y yo por complaceros os lo diré. A mí me llaman don Manuel Ponce de Leon, profesor de mi divisa; y pues ya sabeis mi nombre, si gustais de decirme el vuestro me holgaré de saberlo.—No sería término de caballero, dijo el moro, negar una petición tan justa: yo me llamo Malique Alabéz, soy de linaje de reyes, y no será menosprecio vuestro el escaramucear conmigo; y pues sabeis quién soy, y yo quién vos, empecemos nuestra escaramuza.»

En diciendo esto, revolviendo los caballos, se acometieron con tanta furia, que parecia haberse juntado dos peñascos. Juntos pues los dos caballeros, se daban tan recios y desaforados golpes y botes de lanza, que causaban admiracion. No fueron bastantes los finos escudos á resistir la gran violencia de la fuerza con que se acometieron, porque ambos fueron falseados; y tornando á revolver los veloces caballos, con vueltas gallardas proseguian su escaramuza el uno contra el otro. Grande era el contento que recibian todos los que miraban la cruel batalla, por ver los arduos de guerra y las gentilezas que cada uno hacia por rendir á su contrario. Dos horas y mas habia que batallaban los dos valientes guerreros, sin que se pudiesen herir con las lanzas, porque aunque cada uno hacia sus diligencias para herir con ellas, era en balde, respecto que se adargaban muy bien. El moro vió que el caballo del valiente don Manuel no tenia ya la velocidad que de antes, porque le pareció que debia de estar cansado; y era así, que lo estaba, pues muy gran rato habia que el maestre lo habia sentido; pero su esfuerzo suplía la flojedad del caballo, y hacia todo lo que podia. No quiso mejor ocasion que aquella el astuto Malique Alabéz, y aprovechán-

dose della, empezó á dar vueltas y acometimientos, y á revolver el caballo tan á menudo y con tanta lijereza, que á don Manuel le causaba gran admiracion. Todo esto hacia el valiente moro con intento de acabarle de cansar el caballo, y desalentarle, para en viendo ocasion ejecutarla. Fue así, que teniendo ya muy acosado el caballo del maestre, acometió á herirle por el brazo derecho, y don Manuel fué al remedio, y revolviendo con grande presteza al lado izquierdo, le hirió de una lanzada, sin hacer resistencia la fina cota, porque el temple de los hierros de la lanza de Alabéz eran estremados. La herida fué peligrosa, y della salía mucha sangre.

El valiente don Manuel, sintiéndose herido, mas bravo que su apellido, enristró la lanza al tiempo de revolver para salirse por el lado descubierto, y el hierro le entró en la carne, y abrió una muy peligrosa herida. No hay serpiente ni áspid tan ponzoñoso cómo estaba el valiente moro viéndose mal herido, y con una cólera frenética embistió á don Manuel con la lanza, y pasándole el escudo fué herido otra vez. Casi corrido don Manuel arremetió al moro con tal furia, que le dió otra herida peor que la primera. Andaban tan embriagados de cólera por verse heridos, que mientras mas batallaban mucho mas se cegaban en su pelea, y no se conocia ventaja en ninguno. Y con esto muy enojado don Manuel por tanta dilacion, que habia cuatro horas que escaramuceaban, y no se conseguia la victoria, entendiendo que estaba la falta en la flojedad de su caballo, por estar tan sudado y cansado, se apeó dél con una lijereza estraña, y cubierto con su escudo, puso mano á la espada, y con ánimo belicoso se fué al valiente moro, el cual, como le vió á pié, se maravilló mucho, y confirmó el ser de animoso corazon; mas por no ser reputado de villano se apeó y se fué á don Manuel, fiado en su gran fuerza y valor, cubierto con su adarga, y un alfanje de Marruecos en la mano, y comenzó á dar tan grandes golpes, que el maestre sentia bien la fuerza de su brazo. No se descuidaba el maestre en herir á su contrario y en defenderse dél; y era de tal suerte, que no se juntaba vez que el moro no saliese herido, por ser mucha la destreza y fortaleza del maestre, y por la mucha esperiencia que tenia en la escaramuza, como quien cada dia se veia en ellas. Y aunque el valiente y fuerte moro procuraba herir al maestre, no podia por hallarse siempre muy bien adargado, y en lugar de herir salia herido en cada entrada que hacia. A esta causa estaba maltratado y con muchas heridas, muy cansado y desangrado, pero no por eso dejaba el animoso moro de batallar y mostrar tanto esfuerzo, como si empezara en aquel momento.

Fué muy de ver en esta hora ir el caballo de Alabéz al del maestre, y las crines erizadas, y con una furia estraña empezó á morder y tirar coces, donde se trabó una escaramuza entre los dos caballos que causaba risa al rey y á las damas, que se admiraban de ver la fortaleza de los caballos, aunque el del moro llevaba lo mejor porque estaba enseñado en aquello. Los dos valientes guerreros continuaban su batalla, aunque con notable daño de Malique Alabéz, porque estuvo á pique de rendirse, y favorecióle la fortuna en este modo. El maestre habia dejado gran trecho de donde peleaban á ochenta caballeros que traía para su guardia; viendo que duraba tanto la escaramuza, se acercaron los guerreros para ver el estado de la batalla. Los cien moros que eran en guarda de Alabéz, como vieron venir aquel lucido escuadron de cristianos, y tan bien alistados, se recelaron, y mas cuando los vieron acercarse tanto: entonces espolearon las yeguas, y arremetieron contra los cristianos con gran algazara. Los cristianos, entendiendo que era traicion, por guardar á su señor, les salieron al encuentro, y entre todos se trabó una sangrienta escaramuza. Peleaban valientemente, dándose terribles heridas, tanto que habia por el suelo muchos cuerpos sin almas.

Vista por los caballeros la sangrienta batalla de sus soldados, sin causa, se apartaron para aquietarlos. Ambos caballeros se fueron á coger sus caballos, y no había quien se llegase á ellos, según estaban en la pelea. Los moros acudieron á favorecer á Alabéz y á cogerle el caballo, y los cristianos á su señor, y cogiendo el caballo de Malique Alabéz subió en él el maestre con la lanza en la mano, y se metió entre los enemigos, hiriéndolos y maltratándolos. Alabéz subió en el caballo de don Manuel, y no se holgó del trueque, aunque en bondad no debía nada al suyo, salvo que era mas ligero, y con la lanza en la mano se entró por los cristianos, haciendo mucho daño. El rey, que vió la batalla tan sangrienta mandó tocar al arma, y que saliesen mil caballeros en socorro de los suyos. El valiente Alabéz andaba buscando con mucha diligencia á don Manuel Ponce de Leon, y viéndole que enfoscado andaba en medio de la batalla, le hizo señas que saliese fuera. El maestre salió muy gozoso por concluir la escaramuza empezada entre ambos. Llegándose cerca Alabéz le dijo al maestre: «caballero esforzado y virtuoso, tu nobleza me obliga á que te avise de un venido peligro, y es: atiende el oído, que pues eres tan buen soldado, entenderás el son y ruido de las cajas que se hace: sabe, noble caballero, que tocan al arma, y cuando menos saldrán mil moros en mi socorro, y no ganarán nada los tuyos con la multitud que vendrá, aunque traes buenos soldados; toma mi consejo, y desampara la Vega tú y los tuyos, que á fe de caballero, que te importa mucho, y como tal te juro que cada vez, y cuando que quieras, concluiremos nuestra escaramuza, y se acabará; y te lo aviso como moro hijo-dalgo; ahora haz tu gusto.—Yo te agradezco, valiente moro, el aviso que me das, y quiero admitir tu consejo, y porque la primera vez que nos veamos hemos de concluir nuestra escaramuza, no te doy tu caballo; no es el mío peor que el tuyo, trátalo como yo trataré este.»

Diciendo esto el maestre, tocó una corneta, que era señal de recoger; y así, como los cristianos oyeron la seña, dejaron la batalla y se juntaron con el maestre. Lo mismo hicieron los moros, y entrando Malique Alabéz con sus cien caballeros por la puerta de Elvira, salía el socorro, y Alabéz los hizo volver. El rey y los caballeros salieron á recibir á Alabéz, y le fueron acompañando hasta su casa, y fué curado de sus heridas. Don Manuel iba tan enojado por no haber acabado la escaramuza, que no hablaba á nadie, ni respondía á lo que le preguntaban. Echaba la culpa á los suyos, porque habían ido á verlos lidiar, que si no fueran, él conseguiría el fin deseado de la victoria, y era verdad, porque los moros no se movieron si no vieran venir á los cristianos. Y por esta batalla se dijo el romance siguiente:

Ensillame el potro rucio
Del alcaide de los Velez,
Denme la adarga de Fez
Y la jacerina fuerte;
Y una lanza con dos hierros,
Entrambos de agudo temple;
Y aquel acerado casco,
Con el dorado bonete,
Que tiene plumas pajizas
Entre verdes martinetes;
Garzotas verdes y pardas,

Antes que me vista, denme.
Tráiganme la cola azul,
Que me dió para ponermé
La muy hermosa Cobayda,
Hija de Celin Hamete:
Y decidle á mi señora,
Que salga, si verne quiere
Hacer muy cruel batalla
Con don Manuel el valiente;
Que si ella me está mirando,
Mal no puede sucedermé.

CAPITULO IX.

En que se da cuenta de unas fiestas solemnes y juego de sortija, que se hicieron en Granada, y cómo se iban encendiendo los bandos de los Zegries y Abencerrajes.

Ya sabía el valeroso y gallardo moro Abenámara cómo el valiente Sarracino era aquel con quien había tenido la pendencia aquella noche en la plaza de palacio, y estaba muy enojado contra él, porque le había herido, é impidió su música; y mirando á los balcones, vió que hacia Galiana á Sarracino muchos favores, de lo cual sintió mucho dolor y pena, y procuró olvidar á la ingrata, visto que no admitía, ni se acordaba de lo que había hecho en Alme-

ria y Granada en su servicio. Y para ejecutar su propósito con todas veras, puso los ojos en la bella Fátima, que ya la habían traído á Granada, y estaba tan hermosa como de antes, y con tanta salud; y tenía mucha esperanza el moro galán que no le sería ingrata Fátima, respecto de tener olvidado á Muza, por la certidumbre que tuvo de los amores que trataba con Daraja. El moro enamorado empezó á servirla con grandes demostraciones de amor. Fátima, que vió las veras con que Abenámara la amaba, comenzó á favorecerle y amarle con grande amor, por ser muy galán, discreto y valiente. En este tiempo Daraja y Abenhamin Abencerraje estaban ya para casar, por lo cual el valeroso Muza había puesto los ojos en la hermosísima Celima, hermana de la bella Galiana; y no había caballero de estima que no tuviese puesto todo su amor en alguna dama de palacio, y así cada día había fiestas y regocijos en la corte. El valiente Andalá amaba á la hermosa Aja; y como era caballero Abencerraje, y muy preso de amor, por dar gusto á su dama ordenaba y hacia muchas fiestas. El valiente Abenámara, por vengarse de la linda Galiana y de Sarracino, suplicó al rey que se hiciese una fiesta el día de San Juan de juego de cañas y de sortija, y que él quería ser mantenedor della.

El rey era muy amigo de fiestas, y porque se regocijase toda la corte y se ejercitasen los caballeros ordenó que se hiciesen, por el contento que todos tenían de que se hubiese escapado Malique Alabéz de las manos de don Manuel Ponce de Leon, que fué mucha ventura, y por la salud que ya tenía. Habida la licencia del rey, mandóse pregonar por toda la ciudad el juego de cañas y sortija; que cualquiera caballero que quisiese correr tres lanzas con el mantenedor, que era Abenámara, que saliese á él, y trajese el retrato de su dama; que si fuese vencido el aventurero, había de perder el retrato que trajese; y si el mantenedor fuese rendido, llevase el vencedor el retrato de la dama del mantenedor, y una cadena de mil doblas. Todos los caballeros enamorados se holgaron del pregon en extremo, lo uno por mostrar el valor de sus personas, lo otro porque fuesen vistas las hermosuras de sus damas, con esperanza de ganar al mantenedor su dama y cadena. El valeroso Sarracino entendió el motivo de Abenámara, y holgóse dello, porque por aquella vía entendía dar á conocer á su señora Galiana el valor de su persona; y él y los caballeros amantes que pretendían correr sortija, hicieron retratar á sus damas, como mejor y mas al natural pudieron, y con aquellos vestidos y ropas que mas de ordinario acostumbaban traer, porque fuesen conocidas.

Venido el día de San Juan, fiesta tan celebrada de todas las naciones del mundo, todos los caballeros granadinos se adornaron de las mejores galas y joyas que pudieron, así los que eran de juego como los que no eran, salvo que los del juego se señalaban en las libreas. Saliéronse á la ribera del fresco Jenil, hechas dos cuadrillas para el juego, la una de Zegries, y la contraria de Abencerrajes; hizo otra cuadrilla de Almoradis y Venegas, y otra contraria desta, de Gomeles y Mazas, y al son de muchos instrumentos comenzaron el juego de cañas. La cuadrilla de los Abencerrajes iba de tela de oro y leonado, con labores muy costosas y diferentes, unos soles por divisas, y penachos encarnados. Los Zegries salieron de verde, con tejidos de oro y estrellas sembradas por las vestiduras, y por divisas medias lunas. Los Almoradis salieron de encarnado y morado, y muy ricamente aderezados. Los Mazas y Gomeles salieron de morado y pajizo. Era un caso de grande admiración el ver estas cuadrillas corriendo por la Vega de dos en dos, y cuatro en cuatro, porque mas parecia campo de batalla, que caballeros de juego. El rey Chico estaba entre los caballeros con unas vestiduras de inestimable valor; andaba con ellos solo por evitar las ocasiones de pesadumbres, que se podían ofrecer. La reina y todas las damas estaban mirando el juego desde las torres del Al-

hambra, admiradas de ver el gran concierto que tenían, y la destreza de los jugadores. Los caballeros Abencerrajes y Almoradis fueron los que mas se señalaron aquel día. El valeroso Muza, Abenámara y Sarracino hicieron cosas notables en el juego. Cuando el rey vió que andaba muy trabado el juego, y que se iban encendiendo los Abencerrajes y los Zegries, temiendo no hubiese otra desgracia como la pasada, mandó cesase el juego; y luego fué obedecido, y empezaron un concertado caracol, y luego dieron muchas carreras, con lo cual concluyeron el juego de cañas.

El gallardo y fuerte Abindarraez se señaló aquel día mas que ninguno de los jugadores, porque estaba mirándole la hermosa Jarifa, su dama. La reina dijo á Jarifa: «por dichosa te puedes tener, por ser tan galán tan bizarro y valiente.» Jarifa disimuló, encendiéndose el rostro de vergüenza que la dió de oír aquello. Fátima no apartaba los ojos de su Abenámara, por estar muy cautiva de su voluntad; Jarifa, entendiendo que miraba á su amado Abindarraez, porque se paseaban juntos los dos enamorados moros, le dijo á Fátima muy celosa: «muy grandes son las maravillas de amor, Fátima hermana y amiga, que donde quiera que da, no puede estar encubierto; porque brota por los ojos, cuando la lengua calla; no me podrás negar, amiga, que tú estás tocada de pasión amorosa, pues realmente tu hermoso rostro da dello clara señal, que solías estar como la rosa en su zarza, y ahora te veo triste y melancólica, y son todas las mudanzas evidentes señales que causa el incendio de la llama amorosa que en tu pecho labra; y si no me lo niegas, el causador de todo es el valeroso y gallardo Abindarraez, y así no me debes negar ni encubrir tu secreto, pues sabes cuán leal y verdadera amiga te soy.» Fátima, que era muy astuta, sagaz y discreta, luego entendió el blanco donde tiraba el pensamiento de la hermosa Jarifa, porque ya sabía que trataba amores con Abindarraez, y no se lo quiso dar á entender, y disimulando, la respondió: «si las maravillas de amor son grandes, no han llegado á mi noticia sus efectos, ni dellos esperiencia tengo. El no tener mis colores como de antes, y estar melancólica, bien sabes que es la causa muy urgente, pues estas presentes fiestas me renuevan mi dolorosa llaga de las tristes pasadas, en las cuales fué muerto mi amado padre, como duran los comenzados bandos entre Zegries y Abencerrajes; y en caso que de amor procedieran las causas que dices, te certifico que nunca por Abindarraez fuera, porque en el juego de cañas hay caballeros que son de tanto valor, esfuerzo y bondad como él, y, en comprobación de mi verdad, el día de la sortija se verán los retratos de las damas servidas, que los caballeros sus amantes sacan, y entonces echarás de ver si te he negado el punto de verdad.»

Con esto cesó la celosa conversacion de las dos enamoradas damas, y levantando Fátima los ojos para ver la trabada escaramuza, vió entre los caballeros á su querido Abenámara, que hacia notables destrezas; conocióle la rendida mora en un pendoncillo morado con una F de plata, encima una media luna de oro, armas y divisa de la bellísima Fátima. Habiendo escaramuceado el rey y los caballeros, desde antes que el sol saliera hasta las once del día, se tornaron á la ciudad por aprestar lo que cada uno había de sacar en el juego de sortija. Por este día de San Juan y fiesta que en él se hizo, que fué muy señalada y notable, se hizo aquel antiguo romance, que dice así:

La mañana de San Juan,
Al tiempo que alboreaba,
Grande fiesta hacen los moros
Por la Vega de Granada.
Revolviendo sus caballos,
Jugando van de las lanzas,
Ricos pendones en ellas,
Labrados por sus amadas.
Ricas aljubas vestidas,
De oro y seda labradas:
El moro que amores tiene,
Allí bien se señalaba;

Y el moro que no los tiene,
De tenerlos procuraba:
Mirarlos las damas moras
Desde torres de la Alhambra.
Entre las cuales había
Dos de amor muy lastimadas:
La una se llama Jarifa,
La otra Fátima se llama.
Solían ser muy amigas,
Aunque ahora no se hablan.
Jarifa llena de celos
A Fátima le hablaba.

¡Ay, Fátima, hermana mía,
Como estás de amor tocada!
Solías tener colores,
Veo que ahora te faltan.
Solías hablar de amores,
Ahora obras y callas;
Pero si lo quieres ver,
Asómate á esta ventana,
Y verás á Abindarraez,
Y su gentileza y gala.
Fátima como discreta,
Desta manera le habla:

No estoy tocada de amores,
Ni en mi vida los tratara;
Si se perdió mi color,
Tengo dello justa causa.
Por la muerte de mi padre,
Que aquel Alabéz matara;
Y si amores yo quisiera,
Está, hermana, confiada,
Que allí veo caballeros
En aquella Vega llana.
De quien pudiera servirme,
Y de ellos ser muy amada.

Habiendo el rey y los demás caballeros ocupado los miradores de la plaza nueva, donde se había de hacer el juego de la sortija, vieron junto á la fuente de los Leones una rica y hermosa tienda de brocado verde, y junto á la tienda un alto aparador con un dosel de terciopelo verde, y en él puestas ricas joyas de oro, y en medio dellas estaba asida una riquísima cadena, que valía mil doblas de oro, y aquesta era la cadena del premio, sin el retrato de la dama que con ella se ganaba. No quedaba en toda la ciudad hombre ni mujer que no viniese á ver aquella fiesta; y no faltaron tampoco en ella los moradores de los lugares vecinos. No tardó mucho espacio de tiempo, cuando se oyó muy dulce son de ministriles que salían por la calle del Zacatin; y la causa era que el valeroso Abenámara, mantenedor de aquella sortija, venía á tomar su puesto, y su entrada fué desta manera: Primeramente cuatro hermosas acémilas de recámara, todas cargadas de lanzas para la sortija, con sus repósteros de damasco verde, todos sembrados de muchas estrellas de oro, y pretales de cascabeles de plata, y cuerdas de seda verde. Estos fueron con hombres de á pié y de á caballo, sin detenerse hasta donde estaba la tienda del mantenedor, y allí junto fué armada otra muy ricamente aderezada de libreas verdes y rojas, con muchos sobrepuestos de plata, todos con plumas blancas y amarillas: venían quince de una parte y quince de otra, y al fin de todos ellos, y en medio, venía el animoso y valiente Abenámara, con un vestido de brocado verde, labrado á muchísima costa, y marlota y capellar de inestimable valor y aprecio, y traía una yegua rodada; los paramentos y guarniciones della eran del mismo brocado verde, testera y penacho muy rico de verde y encarnado. Llevaba el gallardo mantenedor sembradas muchas estrellas de oro finísimo por todas las ropas y vestiduras, y en el lado izquierdo sobre el rico capellar un sol muy resplandeciente, con una letra que decía:

Solo yo, sola mi dama:
Ella sola en hermosura,
Yo solo en tener ventura,
Mas que ninguno de fama.

Esta misma letra se divulgaba por la plaza. Después del valiente Abenámara venía un rico carro triunfal, adornado de muchas señas; traía hechas en él seis gradas muy bien aderezadas, y por encima de la mas alta grada había un arco triunfal de extraña hechura, y debajo dél una rica silla, y en ella sentado y puesto el retrato de la hermosa Fátima. Estaba tan perfecta, que si su original no estuviera con la reina, dijeran que era ella. Causaba espanto ver el adorno y gala del retrato, que no había dama que no la envidiase, ni caballero que no la pretendiese. Era el vestido turquesco, de muy extraña y vistosa hechura, la mitad pajizo y la otra mitad morado, y todo sembrado de estrellas de oro, y con muchos tejidos y recamados de oro. El tocado artificioso y galán, sus cabellos sueltos, como una madeja de oro de Arabia; sobre ellos una hermosa guirnalda de rosas blancas, y tejidas muy al natural; sobre su cabeza parecia el dios de Amor, niño y desnudo, con sus alas abiertas y plumas de mil colores, poniendo la guirnalda á la bella imagen; y á los piés della estaba el arco y aljaba de Cupido, como por despojos del rendido. Desta suerte iba el bello retrato de la hermosa Fátima, que agradaba mucho su vista á todos. El carro en que iba tiraban cuatro yeguas, mas albas que la nevada sierra. Después del carro iban treinta caballeros de libreas verdes y encarnadas con penachos de las mismas colores. De la forma dicha entró el bravo

y valiente Abenámbar, mantenedor de la justa, y al son de los ministriles y otros instrumentos músicos que llevaba, dió vuelta por la plaza nueva, pasando por debajo de los miradores del rey, quedando admirado él y los caballeros de la gallardía, invención y traza. Así como llegó el carro á los miradores de la reina, ella y las damas se admiraron de ver la belleza, adorno y galas de la efigie de la hermosísima Fátima, y cuán natural era á su señora.

Fátima estuvo junto á la reina, y con ella Daraja, Sarracina, Galiana, Zelima, Cobayda y otras damas, cifra de la hermosura, y alegrándose de ver la invención que Abenámbar traía, la dijeron: «por cierto, hermosa Fátima, que si como lleva la ventaja vuestro galán y defensor caballero á todos los demás en industria, cifra y galas, la lleva en defenderos, y alcanzar el premio de la victoria, que os podeis tener por la mas dichosa y bien afortunada dama del mundo.» Fátima, disimulando lo posible, respondió á las damas: «no sé yo con qué intento ha hecho Abenámbar lo presente; pero, si bien advertís, son novelas de caballeros, y por esta vía querrian obligarme: no me da cuidado ninguno, ni es cosa que me toca; y poco se me da que me defiendan, ó no. — No sin misterio, dijo Jarifa, el caballero Abenámbar se ha puesto á hacer tal desafío á todos los caballeros enamorados, y á sacar tu retrato. — Este motivo de Abenámbar, respondió la hermosa Fátima, él solo lo entiende, y cada uno hace y deshace á su gusto: si no, mira á Abindarraez, que por tí, y por lo que á él le está bien, tiene hechas cosas muy dignas de memoria. — Lo de Abindarraez para conmigo, dijo Jarifa, es cosa muy pública, y saben todos los de la corte que es mi amante; pero ahora lo de Abenámbar nos parece á todas cosa muy nueva; y cierto que me pesaría si Abindarraez y Abenámbar fueran competidores.» Dijo Fátima: «y que lo sean ó no, ¿qué se te da á tí? — Dame pena, respondió Jarifa, que tu retrato, que hoy ha entrado con tanto adorno viniese á mis manos. — Pues ¿por tan cierta tienes la victoria de parte de Abindarraez, dijo Fátima, que ya me tienes por tuya? Pues no tengas tanta confianza en tu amante caballero, que el que hizo un desafío general, ha hecho tantos gastos, y se ha esmerado tanto en la efigie, sabrá muy bien defender su partido, y al fin son casos de la fortuna, sujetos á ella.» La reina, que estaba oyendo las disputas de las damas, les dijo: «¿de qué importancia es tratar cosas de que se saca poco fruto? Ambas sois iguales en hermosura, hoy veremos quién lleva la palma y gloria: cese esa plática, y atiéndase al fin de la aventura.»

Con esto dieron fin á sus razones, y mirando á la plaza, vieron cómo Abenámbar, habiendo dado vuelta á toda ella, llegó á la tienda, y habiendo puesto su precioso carro junto del aparador, donde estaban muchas y muy ricas joyas, mandó poner el retrato de la hermosa Fátima al son de muchas dulzainas y ministriles, con que recibieron todos mucho gusto. Luego se apeó del caballo, y dándosele á sus criados, se sentó á la puerta de su tienda en una muy rica silla, aguardando que entrase algún caballero aventurero. Todos los caballeros que habían acompañado al esforzado Abenámbar se pusieron á una parte, haciendo todos una larga y vistosa carrera. Estando ya los jueces puestos en un tablado, en lugar y en parte que pudiesen muy bien ver correr las lanzas, y aguardaban todos que entrase algún aventurero. Los jueces eran dos caballeros Zegries muy honrados, dos Gomeles y un Abencerraje, llamado Abenámbar. Este era alguacil mayor de Granada, oficio y cargo que no se daba sino á caballeros de gran cuenta y valor. No tardó mucho de oírse un grande ruido de música de añafles y trompetas, y mirando acia la calle de los Gomeles, vieron desembocar por ella una bizarra cuadrilla de caballeros, con librea de damasco encarnado y blanco. Los penachos y plumas eran blancas y encarnadas.

Pasada la cuadrilla, iba un caballero en un caballo torcillo, vestido á lo turquesco, paramentos y cimaras de brocado encarnado, con todas las bordaduras de oro, y penacho de las mismas colores. La marlota y capellar sembrada toda de mucha pedrería de inestimable valor. Así como lo vieron, fué de todos conocido que era el fuerte y bravo Sarracino. Tras él venía un carro labrado á mucha costa, encima del cual se hacían arcos triunfales de extraño artificio, en los cuales estaban pintados los asaltos y escaramuzas que habían pasado entre moros y cristianos en la Vega de Granada, entre las cuales estaba la batalla tan reñida que pasó entre el valiente y valeroso mancebo Garcilaso de la Vega, y Audalá, moro de gran fama, sobre el *Ave Maria*, que llevaba escrita en la cola del caballo: tan naturales parecían en la pintura, que era cosa muy peregrina. Debajo de los cuatro arcos triunfales le hacia un trono en redondo, que por todas partes se podía bien ver: era de blanco y finísimo alabastro, y en él entretalladas muchas y diferentes labores. Iba puesta encima del trono una imagen muy hermosa, vestida de brocado azul, con muchos recamados de oro, todo ello de mucho precio y estima. A los pies de la bella imagen muchos militares despojos y trofeos, y el niño Amor vencido y arrodillado ante ella, quebrando su arco, y rota su aljaba, tirando la imagen á todas partes las saetas, y denotando que á todos hería de amores. El bravo Sarracino llevaba una divisa de un mar, y en ella un peñasco combatido de muchas ondas, y una letra que decía:

Tan firme está mi fe como la roca,
Aunque el viento y el mar siempre la toca.

Esta letra se estendía por toda la plaza, para que á todos fuese manifiesta. Así entró el valeroso Sarracino con su carro, no menos rico y costoso que el del mantenedor Abenámbar, al cual carro tiraban cuatro caballos bayos, muy briosos y ricamente enjaezados; y así con solemne música dió vuelta el bravo Sarracino á la plaza, dando á todos los que le miraban muy gran contento. Luego conocieron todos el retrato, que era de la bellísima Galiana; decía todo el vulgo: bravo competidor tiene el mantenedor. La reina admirada de la singular destreza del artífice que retrató aquel bello trasunto, y cuán natural estaba con su original, se volvió á Galiana, y la dijo admirada: «secreto estaba este negocio para conmigo; no me podrás negar ahora de tus amores; bizarro y galán caballero has escogido. No le faltaba nada desto á Abenámbar, pero en este caso no hay que disputar, por ser de tu gusto.» Galiana disimulando calló.

El rey dijo á los caballeros: «no es posible sino que hoy hemos de ver cosas dignas de memoria, porque el mantenedor es muy esforzado y los aventureros valerosos, que cada uno ha de procurar alcanzar la victoria, por defender su dama y por ganar el premio del contrario; y mirando acia Sarracino, vieron cómo después de haber dado la vuelta por la plaza, mandó arrimar su carro á un lado della, y paseándose se fué á la tienda del mantenedor, y le dijo: «caballero, ya sabrás á qué es mi venida, y le prometó que cada instante se me hace un siglo hasta correr las tres lanzas puestas; porque entiendo por muy cierto, que ha de gozar mi adorada dama el retrato de la tuya, y la estimada cadena. Si mi desgraciada suerte tuviere ordenado que pierda el retrato de mi señora, llevarás junto con él esta preciosa manga, labrada por mi dama, la cual tiene de valor cuatro mil doblas. Era así que tenía aquel valor, porque estaban bordados todos los extremos de aljófar, perlas y pedrería, y por ella se dijo este romance:

En el cuarto de Comares
Está la hermosa Galiana,
Con estudio y gran destreza,
Labrando una rica manga
Para el fuerte Sarracino.
Que por ella juega cañas:
La manga es de gran valor,
Que precio no se le halla.
De aljófar y perlas finas
La manga iba esmaltada,

Con muchos recamados de oro
Y lazos finos de plata;
De esmeraldas y rubíes
Por todas partes sembrada.
Muy contento vive el moro
Con el favor de tal dama;
La tiene en el corazón,
Y la adora con el alma.
Si el moro mucho la quiere,
Ella mucho mas le ama;

Pues si el moro es de tal suerte,
Bien merece Galiana,
Que era la mora mas bella
Que en muchas partes se hallaba
Muchos moros la sirvieron,
Nadie pudo conquistarla,
Sino el fuerte Sarracino;
Que ella de él se enamoraba,
Y por sus tiernos amores
Dejara los de Abenámbar:

Contentos viven los dos
Con colmadas esperanzas,
Que se casarán muy presto
Con regocijo y con zambra;
Porque entiendo el rey en ello,
Y tiene ya la palabra
Del alcalde de Almería,
Que es padre de Galiana;
Y así en Granada se dice
Que se casarán sin falta.

Finalmente, la manga no tenía precio su valor, y el fuerte Sarracino, confiado en su gallardía y destreza, quiso poner la manga en ventura de perderla, no considerando el bravo competidor que tenía delante. El cual, así como oyó hablar á Sarracino, dijo que aquel era el premio del vencedor corriendo tres lanzas mejores que el contrario; y si lo vencían perdía su fama y joyas. Y diciendo esto, pidió que le diesen un caballo de los ocho que tenía enjaezados, como se ha dicho, y tomando una gruesa lanza de sortija, se fué paseando por la carrera con tal donaire y brio, que á todos los que le miraban les daba gran contento. Y viendo la bizarría que tenía, dijo el rey á los caballeros: «no se niegue el buen parecer y postura que tiene Abenámbar á caballo; Sarracino también es buen caballero, y hoy veremos quién lleva la palma del vencimiento.» A la sazón llegó al cabo de la carrera Abenámbar, y haciéndole dar á su caballo una vuelta en el aire, dió un brinco muy alto, y luego salió como un rayo, y en medio de la carrera tendió su lanza con un donaire gracioso, y llegando á la sortija, dió por el extremo de arriba, y por muy poco no se llevó la sortija en la punta de la lanza; y no valía nada la que no se llevaba la sortija dentro del hierro, ni se podía ganar el premio si no era desta manera. Y deteniéndose miró á ver la suerte que haría el venturoso sarracino, el cual estaba muy confuso y descontento, habiendo visto el golpe que había hecho el valeroso Abenámbar, y mostrando buen ánimo, confiado en su mucha destreza, tomó una lanza, y poniéndose en la carrera arrancó con tanta velocidad como si fuera una bala despedida de una culebrina por la gran violencia de la encendida pólvora, y tendiendo la lanza la llevó tan seguida, que la metió por medio de la sortija, y se la llevó dentro de la lanza.

Toda la gente que estaba mirando la justa dieron muy grandes voces, diciendo: «Abenámbar ha perdido; su retrato y cadena la ha ganado el vencedor Sarracino, porque la fortuna le ha sido muy favorable, y está de su parte la victoria.» Cuán ufano quedó Sarracino con la algazara que levantaron todos, no se puede encarecer, porque ya se consideraba poseedor de los premios del vencido; y así dijo, que le entregara el retrato y la cadena, pues la había ganado. Mas el valeroso Muza, que era padrino del mantenedor Abenámbar, replicó, que no había ganado, porque eran tres lanzas las que habían de correr, y faltaban las dos. El padrino de Sarracino, que era un caballero Azarque, dijo que era ganado el premio con aquella lanza; y todos daban voces, cada uno alegando su derecho. Los jueces mandaron que callasen, que ellos lo determinaban, y fué determinado que no había ganado Sarracino, atento que le faltaban dos lanzas que correr. Sarracino estaba ardiendo en viva cólera, porque no le daban los premios ya ganados por la voz del pueblo, y mas se encolerizó cuando sentenciaron que aun no había ganado. No estaba con menos cólera Abenámbar que Sarracino, por haber perdido la primera lanza, y porque el vulgo le había dado el lauro á Sarracino.

Quien en estos debates mirara á Galiana, viera en su rostro una mudanza estrañísima de alegría que tenía por la desgraciada suerte que había tenido en la primera lanza el valiente Abenámbar; y lo contrario se viera en Fátima por la buena suerte de Sarracino, aunque con discreción disimulaba su pena, pero no tanto que no se sintiese. Y Jarifa, como dama en quien había tanta discreción, le dijo á Fátima: «amiga, mal le va á vuestro caballero y

galán Abenámbar; si así es hasta el fin, no le arriendo la ganancia. — No tengo cuenta con eso, respondió Fátima; pero si ahora le ha ido mal, podrá ser que le vaya bien después, y tanto que te pese, lo cual veremos al fin. — Bien dices, dijo la hermosa Jarifa, y eso aguardo; pero cree que los buenos principios siempre traen buenos fines. — Eso niego, dijo Fátima, y espero que me dirás que tengo razon, por este simil. Bien has visto y oído que un enamorado galán, en las primicias de sus amores, sirve á su dama con gran cuidado, siendo puntual en darla gusto, en regalarla, en darla músicas, en rondarle la casa y en idolatrarla. Hácele mil promesas, que mientras mas fuere mas la servirá y querrá, y que tan imposible será el dejar de quererla, como dejar el sol de calentar en el estío, y quiere arrebatar con la mano la luciente luna de su lugar, y otros muchos imposibles que dicen, y sobre todo, el casarse con ella, todo con motivo y fundamento de gozar la dama á quien desea. La inocente, obligada con obras y promesas, entrégale su libertad, y viene en su deseo, y gózala. ¿Aquestos son buenos principios, Jarifa? Ella respondió: «sí.» Dijo Fátima: «pues apenas ha gozado la rendida dama el fraudulento amante, cuando, porque pasando un caballero por su casa le quitó el bonete por cortesía, dicen luego que es su galán, y que no se admiran, que quien entregó su honor á él, lo entregará á muchos; no queriendo admitir el perverso y fermentado amante, que debajo de sus promesas y juramentos, se le rindió la desdichada dama. Mira, Jarifa, cuánta es la malicia de los que esto usan, y traen por flor, que, por solo que le dió algun rayo del sol en su balcón, desisten de la amistad de la recogida dama, y la dejan burlada, presa de amor y deshonrada, por cuya causa viene á tener desastrado fin. ¿Son estos buenos fines? — No por cierto, dijo Jarifa, y confieso ser así lo que dices, y así pasa hoy en el mundo, y yo conozco algunas señoras pobres, cuya hermosura han gozado algunos caballeros, y solo por ser pobres las han dejado, y están arrinconadas y perdidas para siempre; por lo que debemos las doncellas escarmentar en cabeza ajena, y no creer á nadie de ligero, sino ir con el gusto de nuestros padres. Y si te parece, miremos á los competidores; y mirándolos, vieron cómo Abenámbar tomó otro caballo y lanza, y aunque disimuló, ardiendo en cólera por la mala suerte pasada, arrancó á toda furia, y tendiendo la lanza la llevó derecha como una bala, y pasando por la sortija como un pensamiento, se la llevó dentro de la lanza.

La gente dió gran grita diciendo: «el mantenedor va victorioso.» Sarracino dió la carrera con muy gran desenfado y gallardía, y enristrando su lanza con cuidado, tocó un lado de la sortija, y no hizo efecto ninguno. Abenámbar dijo á Sarracino: «caballero, otra carrera nos queda para que concluyamos nuestro pleito; concluyámoslo luego.» Y diciendo esto pidió una lanza, y en dándosele se fué poco á poco, y puesto en la carrera, la dió con la lanza tan bien puesta, que embocándola por la sortija se la llevó dentro. Entonces fueron las voces de toda la gente mas levantadas de punto, diciendo: «ganado ha el mantenedor sin duda; suyo es el retrato hermoso de Galiana y la rica manga.» Bien se aparecía en Galiana el sentimiento que en su alma había, por la poca esperanza que tenía de que su enamorado Sarracino ganase. El cual se puso en la carrera, y al llegar á la sortija dió con la punta de la lanza en un extremo, que con el gran movimiento cayó en el suelo. En parando el caballo del animoso Sarracino, fué llamado por los jueces, y le dijeron que había perdido el retrato de su dama y la rica manga. El moro respondió: «si ahora en juego he perdido, en escaramuzas sangrientas ganaré.» Abenámbar, que con él estaba picado por lo que ya hemos dicho, respondió, que si por vía de escaramuza entendía cobrar algo de lo perdido, que le avisase si quería luego cobrarlo, ó que se

quedase para cuando hubiese ocasión, que él le cumpliría de justicia á medida de su deseo. Los jueces y padrinos los apaciguaron, y no consintieron que se tratase mas en aquel caso. Sarracino salió de la plaza junto con los caballeros que le acompañaron.

Abenámbar mandó poner los ricos despojos á los piés de Fátima, su señora, sonando al ponerlos muchos instrumentos músicos. El gozo y alegría que sintió la discreta y hermosa Fátima fué grande, por la alcanzada victoria, y mas cuando vió á los piés de su retrato trofeos tan ricos y estimados. Mas todo este regocijo lo celebraba entre sí, por disimular el mucho amor que tenía á su querido Abenámbar, porque ella no quería que con demasiada certidumbre supiesen lo que sospechaban; en lo cual era muy diferente en el gusto que las otras damas de palacio, que se holgaban siempre de que sus negocios se supieran.

CAPITULO X.

Que declara el fin que tuvo el juego de la sortija, y el desafío que hubo entre el moro Albayaldos y el maestro de Calatrava.

Ya se ha dicho cómo Sarracino salió de la plaza lleno de coraje por haber tenido tan mal suceso en el juego de la sortija; y lo que mas sentía era haber perdido el hermoso retrato de su señora. Entrando en su casa, se despidieron dél todos los caballeros que le habían acompañado, y él muy airoso se despidió de todos, y se apeó del caballo, se quitó la cimera y plumas, y toda la librea, y con iracunda cólera dió con todo en el suelo, y se subió á un aposento, y recostándose en su cama empezó á quejarse de su corta ventura, y contra sí decía: «di, bajo caballero, ruin y de poco valor, ¿qué cuenta darás á tu señora Galiana de su hermoso retrato y rica manga, perdido todo por tu poco esfuerzo y destreza? ¿Con qué rostro, di, osarás parecer en su presencia? Oh Mahoma traidor, porfiado y engañador! En el tiempo que habías de favorecer mis esperanzas me faltaste. Di, enemigo falso, ¿no te acuerdas que te prometí hacer toda tu efigie de oro, y de quemar en tu mezquita gran cantidad de incienso, si me dabas victoria este día? Pues ¿por qué me la negaste? Pero bien entiendo de cierto que no tienes ningún poder. Mas, vive Alá, que por vengarme de tí me tengo de tornar cristiano, y he de seguir aquella santa ley, y dejar tu falsa secta, que por aquí se salvará mi alma perdida.» Estas y otras muchas cosas decía Sarracino, consolándose con su buen propósito.

Galiana sintió mucho la desgraciada suerte de su querido amante, y se le echaba bien de ver, pero con su discreción lo disimulaba, hablando con la reina y las damas, las cuales le consolaban diciendo: «que no porque su amante hubiese perdido su retrato quedaba cautiva; que se riyes de todo.—Ninguna pena tengo deso, dijo Galiana, porque son aventuras de caballeros.» Y aunque decía esto tenía en su alma una mortal envidia, y entre sí decía: «¡ay, Abenámbar victorioso, y ¿cómo ahora te vengarás á gusto en mi retrato de la ingratitud que contigo usé, y cuán vana y gozosa estará tu dama con los vencidos despojos!» Celima la consolaba de secreto, diciéndola, que no diese nota de sí con extremos, porque no fuese sentida de la reina y de sus damas. Galiana disimuló cuanto pudo su dolor y pena, y procuró desecharla. Estando en esto, se oyó un ruido por toda la plaza, y mirándola toda, vieron que entraba por la calle de Elvira una gran serpiente, echando de sí mucho fuego; tras ella venían treinta caballeros ricamente vestidos de una librea blanca y morada, con penachos de la misma color ellos y sus caballos. En medio de todos venía un caballo sin jinete, con cubiertas y guarniciones de brocado morado y blanco; también venía una sonora música de ministriles y dulzinas. La serpiente dió una vuelta á toda la plaza y, enfrente de los miradores del rey y de la reina, y de los caballeros y damas, se paró, echando por la boca y oídos muchísimo

fuego. Era grande el estrépito que hacían los cohetes y ruedas con invenciones de fuego, que por la boca salían; y con el artificio que tenía la sierpe, mediante el fuego que la quemó toda, se abrió por medio, y pareció un caballero vestido de brocado morado y blanco, con muchos recamados de oro; el penacho era de plumas blancas y moradas. Con él estaban cuatro salvajes muy al natural, los cuales tenían una rica silla guarnecida de terciopelo morado, y la clavazon de oro, en la cual estaba el retrato de la hermosa Jarifa, que fué luego conocido, y el caballero ser Abindarraez. El retrato estaba vestido de brocado blanco y morado, de luceros de oro, las orlas bordadas de oro y plata, con un tocado vistoso. Estaba tan natural el retrato, que era muy semejante al original.

El rey y la reina y todas las damas miraron á Jarifa, que con una honesta vergüenza se encendió el rostro, lo que aumentó su hermosura, y la reina la dijo: «llegado ha, Jarifa, la hora en que se ha de ver el esfuerzo de vuestro amante, y si alcanza victoria del vencedor Abenámbar.—Haga la fortuna lo que quisiere, dijo Jarifa, que tan buen rostro haré á lo uno como á lo otro.» Y con esto cesaron, por ver lo que haría el Abencerraje. El caballero pidió luego su caballo, y traído subió en él, y fué dando vuelta á la plaza, acompañado de sus caballeros, llevando en medio á los salvajes que llevaban la silla, y en ella el retrato de la hermosa Jarifa, que á todos admiraba su hermosura y maravilloso adorno; y en llegando adonde estaba el invencible Abenámbar, se arrimaron los cuatro salvajes á los dos carros triunfantes, que estaban junto al aparador de las joyas preciosas y ricas, y levantando estos la rica silla en una parte muy alta, la pusieron sobre sus hombros, porque el hermoso y bello retrato fuese bien visto de todos. El valiente y esforzado Abindarraez se llegó al fuerte mantenedor, y le dijo: «vencedor caballero, ¿sois servido que corramos tres lanzas con las condiciones que están dichas?» El valiente y esforzado Abenámbar le dijo: «para eso estoy aquí.» Y tomando al instante una lanza, lozaneando su caballo, se puso enfrente de la carrera, y corrió tan bien, que llevó la sortija dentro de la lanza, y volviéndose, la mandó poner en su mismo lugar. No se espantó ni admiró Abindarraez de aquello, antes cobró un nuevo ánimo, y puesto en la carrera, fué tal y tan seguida su lanza, que en el hierro della quedó metida la sortija. La gente toda movió gran ruido y vocería; mas luego se puso en silencio por ver el fin de las otras dos lanzas. El mantenedor, muy enojado por el buen suceso de su contrario, tornó á la carrera, y fué con tal brío y tan buen pulso en la mano, que se llevó segunda vez la sortija en la lanza. El bravo Abindarraez hizo lo mismo en la segunda carrera. Levantóse gran gritería, y todos decían: «no hay ventaja del mantenedor al aventurero; iguales son en todo.» Grandes eran los temores de las hermosas moras Fátima y Jarifa, por no saber quién había de ser el vencido, estando su buena ó mala suerte en la lanza que faltaba, aunque ambas estaban confiadas en el esfuerzo y valor de sus amantes.

El animoso Abenámbar tomó otra lanza, y con mucho donaire se volvió á llevar la sortija con no poco contento suyo y de su señora Fátima, la cual, habiendo visto el buen suceso y ventura de su amante, no cabía de contento; y mirando á Jarifa, la vió robado el color hermoso de su rostro, y viéndola así, dijo Fátima: «hermana Jarifa, mal has cumplido la palabra que dijiste á la reina mi señora, pues si te acuerdas, diciéndote que era llegado el tiempo en que se había de ver el esfuerzo de tu caballero en alcanzar victoria, respondiste que tan buen rostro harías á lo uno como á lo otro: ¿cómo tan presto te se mudan los colores? Consuélate, que será posible le suceda bien en la lanza venidera.—En duda pongo eso, dijo la reina, y á maravilla tendré que Abindarraez lleve la sortija.» Y mirando, vieron cómo partió, y dió al soslayo la lanza en

la sortija. Luego se oyó acordada música del mantenedor en señal del vencimiento. Llamaron á Abindarraez los jueces, y le dijeron que ya sabía cómo había perdido, que entregase el retrato al vencedor. El dijo: «pues si es así, entréguese en él, que bien sé que hoy le favorece la fortuna, y á mí me ha sido adversa; y lo que me consuela es, que ha sido mi pérdida en juego, no en escaramuza ni pelea.» Mas aunque decía esto Abindarraez, le quedaba otra cosa en su pecho, que no quisiera haber perdido el retrato de Jarifa por cuanto había en el mundo.

Luego se puso el retrato de Jarifa á los piés de Fátima, sonando la música del mantenedor. La reina, viendo poner el retrato, dijo á la hermosa Jarifa: «¿estás satisfecha que el retrato de Fátima no vendría á tus manos? ¿No te decía yo, que no hablastes de confianza? Pues mira tu retrato á los piés de Fátima. ¿No sabes que Abenámbar es uno de los buenos caballeros de la corte, y que Abindarraez ni algun otro caballero no le llevarán ventaja? Y si no, atiende, y verás cómo no han de ser solos los retratos que ahora están rendidos.—Basta, dijo Jarifa, que la ventura de Abindarraez ha sido corta en esto, y consuélome con que en otras ocasiones ha sido muchas veces victorioso.» Abindarraez se salió de la plaza, llevando consigo todos los de su guarda, y á los cuatro salvajes; y antes que saliese le mandaron llamar los jueces para darle la joya por galán y buena invención; y vuelto, uno de los jueces, que fué Abencerraje, descolgó dos ajorcas de oro, de precio de doscientos ducados, y se las dió. Abindarraez las tomó con mucha alegría; y las puso en la punta de la lanza al son de sus músicos, y fué bien acompañado á los miradores de la reina, y haciendo la debida reverencia, rindió la lanza hasta donde estaba su señora Jarifa, y la dijo: «dama hermosa, teniendo presente el original, no me da mucha pena la ausencia del referido retrato: yo hice lo posible, la fortuna me fué contraria, y esto no porque en vuestra hermosura haya defecto, sino en ser juego, no en fuerzas. De invención y de galán se me dió esta joya; sed servida de recibirla, aunque no sirva sino de memoria de que no os defendí como debiera.» Jarifa riéndose tomó las ajorcas, y le dijo: «con esto me consuelo, porque lo habeis ganado por galán, y por invención mejor; y pues se perdió el retrato, me alegro de que cayó en tales manos, que le tratarán como quien son.»

Fátima quisiera responder y no pudo, porque entró en la plaza una grande Peña, tan natural como si fuera quitada de una sierra, cubierta de muchas y diversas yerbas y flores, y dentro sonaba gran suavidad de música. Al derredor de la Peña venían doce caballeros de librea de brocado pardo, con grandes cuchilladas, y por ellas se aparecía un forro de brocado verde, que lucía y campeaba mucho por la ropa parda y oscura. Los extremos de las cuchilladas estaban tomados con lazadas de oro, con unos ramilletes á modo de caracol. Las sobreseñales, penachos y testera eran de plumas verdes y pardas. Atentos estuvieron todos en la Peña, por ver el fin de la aventura, la cual, en confrontando con los miradores del rey y de la reina, se detuvo, y vieron cómo se apeó del caballo uno de los doce caballeros, y era el mas galán, y mas bien dispuesto de todos; y luego fué conocido que era el valeroso Reduán, y se holgaron mucho los que le miraban, viendo su buen tallo, gracia y disposición; y mirando lo que haría, vieron que echó mano á un alfanje damasquino, y embistiendo con la Peña, la daba grandes golpes; y en la parte que daba abrió una terrible y espantosa boca, y por ella salían muchas bombas de fuego; y tanto que le convino retirar á su caballo, porque era el incendio mucho. Y siendo ya consumido el fuego, por la boca donde salía brotó cuatro demonios muy ferocísimos, cada uno con una honda de fuego en la mano, y todos con mucho ánimo embistieron con el esforzado Reduán; pero el buen caballero peleó con ellos con mucho valor, de suerte que los encerró

en la Peña. No bien hubieron entrado, cuando salieron cuatro salvajes con unas mazas en sus manos, y comenzaron á pelear con Reduán, y él con ellos, y en un instante fueron vencidos los salvajes, y entrólos por fuerza en la Peña, y Reduán con ellos. En entrando dentro fué cerrada la boca de la Peña; luego se oyó mucho ruido y estruendo de pelea; y en cesando oyeron una música tan agradable y suave, que se suspendieron los sentidos de los oyentes á la dulce armonía. No tardó mucho en abrirse la boca de la Peña, y por ella salió el vencedor Reduán con los cuatro salvajes, los cuales traían un arco de oro tan industrioso que admiraba, y talladas muchas historias antiguas y modernas, y debajo del arco puesta una silla de marfil, y en ella sentado un retrato de una bellísima dama, vestida de brocado azul, forrado todo de tela naranjada. El tocado era curioso, puesto á lo greciano. Fué muy notado el artificio de todos, y mas la suma belleza del retrato; y fué conocido de la manzana, y sin duda que París sentenciara en su favor. Tras del retrato venían todos los músicos tañendo y cantando dulcemente, y luego venían los demonios atados en una cadena. Fué una cosa que á todos puso grande admiración.

Habiendo salido toda esta compañía de la Peña, comenzó á disparar de sí mucho fuego, con el cual fué toda consumida: luego se le dió un fuerte caballo á Reduán, y con lijereza subió en él; y dando vuelta á la plaza hizo su acatamiento al rey, á la reina y á las damas, y en llegando á la tienda del mantenedor le dijo: «aunque la condicion puesta es de correr tres lanzas, si sois servido corramos solo una, y en esa se concluya el premio de las tres.—Si es ese vuestro gusto, dijo Abenámbar, yo soy contento de dároslo.» Y dicho esto tomó una buena lanza, y paseándose se puso en la carrera, y partiendo como una saeta, dió un bote de lanza en el extremo de la sortija, por la parte de arriba en derecho, que aunque no se la llevó fué muy buena suerte, y dificultosa de ganar. Volvió paseándose á su tienda, para desde allí ver la suerte que hacia su contrario, el cual tenía ya una muy gruesa lanza, y estaba en la carrera, y dióla con gallardo aire y brío, y al dar el golpe fué mas galán que venturoso, porque erró la sortija y fué por alto la lanza; y pesándole mucho por haberle salido su pensamiento tan incierto, volvió diciendo: «tan desgraciado soy en lo uno como en lo otro.» Los jueces le dijeron: «perdido habeis, caballero, mas por vuestra estremada invención y mucha gala, llevareis premio.» Fueronle dadas unas arracadas turquesas de oro de Arabia, de valor de doscientas doblas por la mucha hechura que tenían. El arco triunfal de cuatro partes hecho, y la silla con el retrato de Lindaraja, fué puesto á los piés del triunfante y victorioso retrato de la hermosa Fátima, que no poco alegre y contenta estaba con la buena ventura que su caballero había tenido, y muy envidiosas Jarifa y Galiana en ver tantos trofeos á los piés de la efigie de Fátima.

El gallardo y animoso Reduán tomó las arracadas con disimulación de su tristeza, y poniéndolas en la punta de la lanza, siendo acompañado de muchos caballeros y música, las llevaron á los miradores de las damas donde estaba la hermosa Lindaraja, y alargando la lanza le dijo: «servios, señora, de recibir este pequeño don, aunque me cuesta caro; pero no mirando mi poca suerte en lo que toca al juego de sortija, sino al grande deseo que tuve de haceros triunfadora de todos los despojos; mas la fortuna está hoy de parte de Abenámbar, y así no soy culpado. Recibid, bella señora, las joyas por oprobio mío, para que cada vez que yo las vea en vuestro poder traiga á la memoria cuán mal os defendí.—Uso es de damas, respondió la discreta Lindaraja, por cortesía recibir lo que se les da, y por ser costumbre por eso las recibo; pero sabe, caba-